

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 8 de Abril de 1894.

Núm. 208.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-trajeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

El domingo pasado, como ya saben ustedes, mi burro y yo, fuimos á robar á mi queridísima Concha.

Ella estaba en el balcón de su casa, y al vernos bajó, precipitadamente y montó en el burro.

Nos pusimos en marcha. El borriquillo parecía que estaba orgulloso de llevar encima tan preciada carga.

Su andar era más majestuoso que el ordinario; en fin, que en vez de ser yo el seductor de Conchita, lo parecía mi burro.

—¿Con qué vamos á Churra? dijo mi amada.

—Si, este es el camino, exclamé.

—Anda borriquito, date prisa, dijo Concha.

Pronunciar esas palabras y ochar el burro á correr, todo fué uno.

El borriquillo corría que corría, y Conchita por más que gritaba: Para animal, para; que si quieres, él no atendía á nadie, y yo sin poder alcanzarlo.

El burro salta una acequia y mi amada cae en ella.

Yo me puse ante cuadro tan conmovedor más pajizo que la bayeta.

Otro en mi lugar se hubiese arrojado enseguida, y yo también me arrojé... al ver que la acequia no tenía agua.

—¿Te has hecho daño, prenda querida? Vamos, eso no ha sido nada, exclamé internándome en el cauce.

Al levantarla y ver su cabeza ensangrentada dije lleno de miedo:

—¡Ay Dios mio y que culebra se me va á enredar! ¡Concha, Conchita! ¿no me respondes? Mira que

me comprometes, no te vayas á morir, porque si no me moriré de pena, (en la horca, pensé yo).

—No, querido mio, no me muero, esto no ha sido nada.

—¡Jesús y que susto me has dado al ver que no me contestabas.

—Es que del golpe tan grande perdí el conocimiento.

En esto la guardia civil que pasaba por el camino nos sorprende.

—¿Qué ocurre? dijo uno de los guardias.

—Nada, que mi señora venia montada en mi borriquillo, éste se ha espantado, ha caído y se ha hecho un poquito de sangre al tropezar con una de esas piedras.

—De modo que esta jóven es esposa de usted.

—Si señor.

—Será cierto lo que usted dice, pero á usted lo detenemos y á ella la llevaremos á su casa ó al hospital.

—No, á mí no me prenden ustedes, el burro es el delincuente y á él se le debe castigar como se merece.

—Bueno, usted puede castigarlo ó hacer lo que quiera con él, nosotros cumplimos con nuestra obligación.

—Hagan ustedes lo que quieran, después reclamaré. Voy por el borrico.

El animalito estaba en el bancal próximo dándose un atracón de alfalfa.

Hacia tanto tiempo que no la había probado, que comprendí perfectamente cual fué la causa de su vertiginosa carrera.

Al verme cerca de él le dije con el alma dolorida:

—¡Borriquito mio, sálvame! Y montando en el fiel animal me alejé de mis perseguidores.

Hoy, si les digo la verdad, me alegro al ver que no pude realizar la fuga como deseaba.

Ahora estaría arrepentidísimo de todo.

A mi borriquillo le debo el no estar casado, y en vista del bien que me ha hecho, juro ante el ara, que durante quince dias no le ha de faltar alfalfa, como premio á su buen comportamiento.

Y aquí paz y después gloria.

Antes de terminar el palique, felicitaré á mi querido amigo D. Ginès García Navarro, por haber sido nombrado Jefe del partido Republicano Federalista de Mazarron.

Uno mi humilde felicitacion, repito, á la de los prohombres del partido republicano que han felicitado al ilustrado jóven, esperanza legítima de sus amigos políticos.

RAMON BLANCO.

¶

Pobre Adriana

Arturo, hijo de un honrado propietario de la hermosa ciudad de X, era un jóven moreno, de regular estatura y de fisonomía simpática. Desde niño demostró tener gran vocación para la carrera eclesiástica, por cuyo motivo ingresó en calidad de alumno interno en el seminario de dicha ciudad. Su única ilusión era vestir el hábito talar, pero á los cinco años de llevar con orgullo la honrosa vega, dejó sus estudios.

Arturo, el ilustrado cuanto modesto seminarista, el que tantas veces había elevado con fé y entusiasmo su plegaria á la Virgen en la capilla del Colegio, está triste y pensativo; nadie sabía á que atribuir esto. Adriana, joven lindísima y de extraordinaria hermosura, era

